

Locuras de las horas que pasaron
Atribulan mi pobre corazón,
Y el negro pensamiento de la muerte,
Detiene el vuelo audaz de la razón.

¡Morir, cuando en redor todo respira,
Cuando todo sonríe en el solaz,
Sin que un ángel de gracia en la agonía
Me dé pasando el ósculo de paz!

¡Morir, sin que entre el polvo los tiranos
Haya visto en el mundo de Colón,
Demandando al eterno en mis plegarias
Para los abatidos el perdón!

¡Morir, cuando se agita el orbe entero
En pos de esa deseada libertad,
Sin que pueda el camino, arrebatado,
Mostrar á la obcecada humanidad!

¡Y dejar en el suelo por memoria
El recuerdo fugaz de un ataúd,
Con los trancos acentos arrancados
En horas tribuladas al laud!

¡Ay! yo pensé que acaso ablandarían
Las lágrimas vertidas al Señor,
Y que al dar á mis labios sed de canto
Era signo primero de su amor.

Ensueños de ventura tuve entonces
Como los de la esposa juvenil,
Que el deseado hijuelo en sus entrañas
Por la primera vez siente latir.

Mas se apagó en naciendo mi esperanza
Cual en la noche roja exhalación...
Y las hondas ideas de la tumba
De nuevo han inundado la razón.

LA VIRGEN BANÁNDOSE.

Non creo las rosas
De la primavera
Sean más fermosas.
Santillana.

Sobre la playa extendida
El mar sus ondas desliza,
Y en la arena movediza
Templa el ímpetu fugaz.

Riela en las verdes aguas
Del sol la luz placentera:
Cruza en tanto la ribera
Doncella de blanca tez.

No es más hermosa en el Cielo
De amor la fúlgida estrella:
No el azahar que descuella
En el florido jardín.

Sueltos los cabellos viene,
Desnudo el pié torneado,
Y el albo cuerpo velado
En rozagante cendal.

Sin duda quiere en las aguas
Templar el ardor de Enero,
Por eso al rayo primero
Dejara el paterno hogar.

Llega á la orilla y se pára,
Que frío el líquido siente;
Córtale luego impaciente
Como veloce alción.

Mirábala yo embebido
Perderse en alegre juego,
Y sobre las aguas luego
Húmedo el cuello mostrar.

— Dichoso el mortal, la dije,
Que amor encuentre en tus ojos;
Disiparás sus enojos,
Como las nieblas el sol.

Vivir en la tierra ingrata
De un ángel de paz al lado,
Para en su seno arrullado,
Dormir exento de afán:

Beber el hálito suave
Que exhala inocente boca,
Cuando el halago provoca
Con sus palabras de amor:

Mirar el rostro sereno
Contino de la hermosura
Que á ser del hombre ventura,
Predestinada nació:

El porvenir es, sin duda,
Que aguarda, niña hechicera,
A quien la diestra sincera
De virgen esposa dés.

Mas ¡ay! que si á lazos profanos
Sujetas el débil cuello,
Verás cual vano destello,
Nacer la dicha y morir.

Que amarga pena se abriga
Por siempre, niña, en el pecho,
Si cae una vez deshecho
Muro que alzara el pudor.

Huye del hombre engañoso
Las seductoras miradas,
Que van en ellas mezcladas
Venturas y perdición.

Así la rosa, que aromas
Esparce en el prado ameno,
Perece si el tierno seno
Hieren los rayos del sol.

Deja las aguas, incauta,
Vuelve á tu pobre morada,
Y allí, del mundo olvidada,
Amor y dicha hallarás.

Crece en el bosque sombrío
La ruborosa violeta,
Y nunca mano indiscreta
La roba al suelo feliz.



JUAN CARLOS GÓMEZ (1)

¿TE ASUSTA MI EXISTENCIA?

¿Te asusta mi existencia, el mar en que navego,
la tempestad continua que asalta mi bajel,
y por mi vida elevas desconsolado ruego,
perdida la esperanza de que me salve en él?...

No temas, tierna amiga; dentro del pecho siento
el corazón más fuerte, más alto que ese mar;
aunque la barca es frágil, la vela ciño al viento
y en el timón batido firme la mano va.

Si el huracán arrecia y aligerar el leño
es fuerza á cada instante para poder bogar,
iré arrojando al piélago, ya una ambición, ya un sueño,
una afección querida, una esperanza más.

(1) El doctor JUAN CARLOS GÓMEZ nació en Montevideo en 1820; él mismo lo ha dicho, «nací en la época de las montoneras y las independencias» Fué un producto genuino de la democracia americana. Eterno peregrino de la libertad, su vida es una larga cadena de desventuras; proscrito desde su juventud, arrastró á través de tierras extrañas sus tristezas y sus sueños, dejando en todos los sitios en que posó la planta, el recuerdo de su melancolía incurable. Era una alma enferma, sufría

Y he de llegar al puerto, he de pisar la orilla,
al templo de la patria he de llevar honor.
¿Qué importa que en la playa deje la rota quilla,
si pongo en sus altares la vela y el timón?

Á.....

No, tu no curas mi mortal tristeza
Aunque sea tu bálsamo el mejor,
Y ángel reclines la gentil cabeza
Sobre la almohada, tú, de mi dolor.

Dame tu calma, dame tu inocencia;
Dame tu bella, inquebrantable fé:
Quitame duda, quitame experiencia,
Quitame, sí, tanto del mal que sé.

Siempre correr, siempre sondar el mundo,
¿No he de saber el fondo de ese mar?
En una inmensidad de lodo inmundo
Suele una perla el marinero hallar.

¡Ay del que nace en tiempos sin bonanza
Y navegando entre borrascas mil,
Forzado á echarle su ancla de esperanza,
La pierde pronto en ese fango vil!

Perla del mar, que en nácar escondida
Otro dichoso en su camino halló,
¡Ah! por qué tanto te busqué en la vida,
Tu precio sé, como ninguno, yo!

Á LA ESPERANZA.

Encantadora maga que del terrestre yermo
Puedes hacer morada de celestial Edén,
Ven á la cabecera del lecho de un enfermo,
Que necesita el bálsamo de tus halagos, ven!

Derrama á manos llenas los dulces embelesos,
Las perspectivas abre de la felicidad,
Mi espíritu adormece con voluptuosos besos,
Vuelve á encender la hoguera de la primera edad.

de nostalgias indecibles; llevaba en la frente el sello indeleble de su destino adverso. Era talvez el único que quedaba de aquellos hombres formados al calor de la literatura del año 30, y amamantados en las ideas de la Revolución de 1789. Periodista, tribuno, diputado, ministro, todo lo fué de paso; nunca pudo detenerse á reposar, nuevo Asveherus llevado por fuerza oculta á través de la vida. Fué el poeta más grande de su generación, y nadie le ha aventajado en la intensidad del sentimiento y en la sincera emoción de sus versos. Su romanticismo hondo y subjetivo, dió la pauta á la poesía de su época. Murió en Buenos Aires el 25 de mayo de 1884. La muerte del viejo poeta enlutó el altar de la patria; todos sus hijos fueron á depositar su recuerdo sobre la tumba del romántico proscripto, pero la posteridad ha sido ingrata. Sus restos reposan aún en el extranjero.

Suelta en la blanca espalda la negra cabellera,
Desprende el casto broche del talle seductor.
¡Hechizame!... la vida huye de mí, lijera,
Y de la eterna noche siento el glacial pavor.

Pero la tierna lágrima de la melancolía
Empaña de tus ojos la clara brillantez.
¿Es una despedida? ¿Me anuncias otro día
En que mi umbral no salve tu delicado pié?

Si vas á abandonarme, hurí de la esperanza,
Ven, al partir reclínate sobre mi corazón;
Ven, al sediento labio tu copa de oro alcanza,
Dame tu postrer gota en tu postrer adiós!

Embriaga mis sentidos en un placer supremo,
Inunda el alma en júbilo de un inmortal amor;
Venga la muerte entonces, venga en tu abrazo extremo,
Y de tus brazos, mi hada, caiga en la tumba yo!

DESCONSUELO.

Vas á cruzar el Plata, cuando veas
En el confín azul del horizonte
La cabeza de un monte
Levantarse del mar;
Al rebosar de júbilo tu alma
Ante el nativo suelo,
Juzga si es desconsuelo
Vivir sin patria en emprestado hogar!

Á LA ESPOSA DE MI HERMANO.

¡Adiós hermana, adiós! Tiendo la vela
Otra vez á la mar embravecida;
No deben las tormentas de mi vida,
Azotar las paredes de tu hogar;
Postrado de tristeza y de fatiga,
Quise buscar en la familia asilo;
Y sólo vine de tu hogar tranquilo
A perturbar la sosegada paz!

¡Vuelvo, hermana, á la mar! Dios no lo quiere,
Me niega un día de descanso, un día!
Fuerza es seguir la dolorosa vía,
A mi Calvario con la cruz llegar!
Deja cumplir la voluntad del cielo;
Vuelve á tus hijos y á tu padre anciano
¿Oyes bramar furioso el oceano?
Está impaciente porque tardo ya!

Cierra la puerta de tu hogar que á abrimme
Te apresuraste generosa; cierra....
Ya bendije á tus hijos,... en la tierra
No sé si podré verlos otra vez!

Enséñales á amarme, y mi memoria
 Guarde también tu corazón de madre,
 Que el mismo seno que nutrió á su padre,
 Me dió esta vida que tan triste ves!

EL TIEMPO.

Témate, ¡oh tiempo! viajador amigo,
 Quien no tiene memorias, quien no espera.
 Apresura tu rápida carrera:
 Aunque tú haces morir, yo te bendigo.

Te llevas en cada hora una tristeza,
 Traes en cada minuto una esperanza,
 A cada nuevo sol, en lontananza,
 Una ilusión del porvenir empieza.

Si destroza tu mano bienhechora,
 Su destrucción consagra, y en la puerta
 De una mansión por el amor desierta,
 El serafín de los recuerdos llora.

Tuya es la religión del sentimiento,
 Que para siempre el corazón conserva
 Una huella de un pié sobre la yerba,
 El timbre de una voz hiriendo el viento.

Tuyo es el musgo que á la ruina viste,
 La flor nacida en la muralla rota,
 La yedra fiel que junto al tronco brota,
 El canto dulce y la sonrisa triste.

La poesía de tu mano asida,
 Va por la tierra consolando el duelo,
 Hada gentil, que en su misión del cielo,
 Rasga el cendal para vendar la herida.

¡Tiempo amigo del bien! el alma llena
 De un paraíso, en sus melancolías
 Tu le presentas los soñados días
 Del horizonte en la región serena.

¡Padre de la esperanza! con sus galas
 Deja un momento que al dolor encante;
 El Edén de la vida está delante:
 Llévame al porvenir sobre tus alas.

IDA Y VUELTA.

Hija del campo, la luna
 Hace en su noche de plata
 Vagar las melancolías
 Como visiones de nácar;
 Al unison de la noche
 Templá la dulce guitarra,
 Y cántame unas endechas
 Que salgan tristes del alma!

Yo pasé aquí, cuando niña,
 En estos sitios jugabas,
 Lijera como la brisa,
 Risueña como la infancia;
 La primavera de flores
 Todo el camino alfombraba,
 Acariciando mi frente
 Ebrias de aromas sus auras.

El pobre hogar de mis padres
 Dejando solo á la espalda,
 Iba á pasear por el mundo
 Mis pesadumbres sin causa.

Aquí te encuentro de vuelta,
 Cual genio de esta morada,
 No ya como antes risueña,
 Sí como nunca gallarda;
 Y miro tus pensamientos,
 En tus inquietas miradas,
 Volar hasta el horizonte

De algún suspiro en las alas.
 Después de tantos inviernos
 Nada ha cambiado aquí, nada,
 Verde está el campo, y el Cielo
 Como hoy entonces brillaba;
 Porqué te encuentro más triste
 Y voy más triste á la patria?...

Hija gentil del desierto
 Pulsa la tierna guitarra,
 Y en sus cadencias el viento
 Lleve el dolor de dos almas.

RUEGA.

(Á MI HERMANA).

Virgen eristiana, póstrate
 Ante el altar y llora:
 Para tu hermano en lágrimas,
 Del corazón implora
 Del mártir de los mártires
 Resignación y fé.
 Una esperanza pídele
 Para tu tierna vida,
 Bella de santos éxtasis,
 Que no lloró perdida
 La calma de la infancia,
 Ni devoró una sed.

Ayer no más dos éramos
 En una simpatía:
 El ruego de mi labio
 Tu labio repetía,
 Y en un acorde unísono
 Volaban al Señor.
 Después... llegará el término
 De la tormenta ruda:
 En la plegaria unámonos
 Durante nos sacuda,
 Como dos gotas de agua
 Se unen en una flor.

REMINISCENCIA.

Por qué posó en mis ojos tu mirada
 Quemando de pasión en mi agonía?
 Por qué si una existencia afortunada
 Derramar en tu pecho no debía?

Otra era tu esperanza, tu destino:
 Y de alegría y de hermosura llena,
 ¡Por qué te plugo oír al peregrino
 El monótono canto de su pena!

En vano me rodeaste de caricias:
 Empapando mi vida en tu ventura,
 Llenabas mi infortunio de delicias,
 El vacío de un alma, de dulzura;

Pero de amor, jamás, siempre tu beso
 Buscaba palpitante el labio mío;
 Siempre la irradiación de tu embeleso
 Pudo solo encender mi desvarío.

En pago á tanto bien como me diste,
 Por tantas horas de inefable encanto,
 Sólo te dejo una memoria triste,
 Y me separo de tu amor sin llanto.

Yo amaba otra mujer. El tiempo rudo
 Clavó en mi juventud su zarpa airada,
 Desgarró el corazón, pero no pudo
 La imagen arrancar allí estampada.

Yo amaba otra mujer. Mientras los días
Amontonaban nieve en mi cabeza,
El ángel de las dulces simpatías
Abrigió en las alas su belleza.

Ella es la imagen que flotó indecisa
De bienestar en la primera idea,
En la edad en que el alma una sonrisa
Sobre la entera creación pasea.

Quizás un rayo del vivir lejano
Al pensamiento la alumbró del niño:
Quizás errante al corazón temprano
La trajo el ángel del primer cariño.

En él vivió de la inocencia núa,
En él durmió, velada en mi sosiego,
Hasta mostrarse en mi camino un día
Para mirarla y conocerla luego.

Que aparecióse á mi cariño incierto
Como memoria del Edén sentida,
En las noches de luna del desierto
Y en las blancas auroras de la vida.

Ella fué mi universo: la mañana
Siempre en su dicha me encontró pensando;
Siempre una estrella, misteriosa hermana,
Tuvo en la noche para mi brillando.

Siempre un rayo de luz su frente clara,
Siempre una sombra negra sus cabellos;
Flor nacida en la tierra los manchara....
Sólo la flor del aire enredé en ellos.

Yo ante sus pasos me lancé sin tino
Tras de un albergue á su ilusión propicio,
Yo trepé las montañas sin camino
Por brindarle la flor del precipicio.

Luego por las orillas de los ríos
Encaminamos nuestro paso á solas,
Sus brazos enredados en los míos
Escuchando el silencio de las olas.

Las aguas la espejaban seductora,
Cantaban á sus pies en dulce arrullo,
La besaban el pié como á Señora,
Y su homenaje revelaba orgullo.

¡Ah! la paz de mis días fué y mi gracia,
Mi fresca linfa, mi verdosa palma;
Sus recuerdos de amor, en la desgracia
Son el rico tesoro de mi alma.

¡Ah! ¿qué me has dado tú, tú que me adoras?
¡Aparta, aparta! que está en mí su imagen;
No dejaré acercar las tentadoras
Ilusiones livianas que la ultrajen.

Ya todo el tiempo arrebató en su huida,
Mi primavera ennublecíó serena,
Déjame solo caminar la vida
Rayando un nombre con el pié en la arena.

¿TE OLVIDARÁS DE MÍ?

Un presentimiento me dice
que no le volveré á ver más.
(Emilia).

¡Adiós! Y si es por siempre
Adiós por siempre, Emilia!
En este ingrato mundo
Los goces breves son,
Para el viajero errante
Sin patria y sin familia,
Donde abrigar del tiempo
Su pobre corazón.
Envuelto en las tormentas
El pájaro del polo,
Recorre infatigable
La procelosa mar;
Así sobre las ondas
Acogojado y solo,
Sin esperar descanso
Me lleva el huracán.

En tan inquieta vida
Hay sólo una dulzura:
Pensar que á los que amamos
Veremos otra vez;
Y en esa ilusión bella
La copa de amargura,
Ha derramado entera
Presentimiento cruel.
Si es cierto, si está escrito
Que bajo extraño cielo,
Me cubrirá de olvido
Polvo extrangero así;
Privado de las lágrimas
De la amistad en duelo,
¡Ay! tú también, Emilia,
Te olvidarás de mí?

LA LIBERTAD.

I.

En las ardientes horas de juventud temprana
Mi mente entusiasmada soñó la libertad:
Envuelto en mis delirios espero la mañana
Que alumbré al mundo todo de eterna claridad.

Acaso nunca, nunca tan suspirado día
Veré yo pobre niño sobre mi sien lucir!
Acaso nunca, nunca la tierna patria mía
Los sueños realizados verá del porvenir!

¿Será que las pasiones en perdurable lucha
Sus bellas esperanzas en flor agostarán?
¿El Ser Omnipotente mis súplicas no escucha,
O manda fecundante rodar el huracán?...

El giro seguí siempre de tu carrera inquieta
Buscándote en los pueblos, querida libertad;
Y atravesando siglos la mente del poeta
Rasgó de lo pasado la densa oscuridad.

La mano de Dios mismo te colocó en las leyes
Dictadas en la cumbre del alto Sinaí;
Mas cuando en vez de jueces el pueblo pidió reyes,
En vano yo te busco, tú ya no estás allí.

De Marathon los llanos, los campos de Platea
Te vieron esplendente las filas recorrer;
La Grecia se alzó tanto durante la pelea
Que el peso de su nombre no pudo sostener.

Solón dió ciudadanos á la indolente Atenas;
Solón les predicaba los dogmas de igualdad;
Los pueblos sujetaban en tanto á sus cadenas:
Solón no les decía también, humanidad.

Celosa de sí misma fulmina el ostracismo,
La cárcel es el premio del hijo de Cimón,
Ministra la cicuta su ciego fanatismo,
Y quedan sin sepulcro los huesos de Foción.

Más lejos, en la orilla del silencioso Eurotas
Esparta en tu ara pone su acero vencedor;
Y gimen entre hierros los míseros Iotas,
Los campos fecundando con llanto de dolor.

En ese hermoso suelo sembrado de memorias
Corrió de las pasiones sangriento el huracán,
Y en páginas de crimen, escritas con victorias,
La libertad en vano los hombres buscarán.

Allá del ancho Tíber en la desierta orilla
De Bruto te abre paso la punta del puñal;
En su mirada altiva tu fuego santo brilla
Detrás de las señales del duelo paternal.

Alzando la cabeza la poderosa Roma
Doblada bajo el peso de la corona ayer,
Invicta sobre el mundo sus águilas desploma,
Y el mundo entero llora su bárbaro poder.

¡Y libres los romanos audaces se decían
En tanto conquistaban esclavos para sí:
En tanto que los Gracos valientes sucumbían
Bajo el puñal patricio por invocarte allí!

Sentada sobre el mundo, brillante, jigantea,
Ceñida de trofeos, el tiempo avasalló;
Mas Roma sólo es grande durante la pelea,
La libertad sus huellas en Roma no estampó.

De Griegos y Romanos los nombres nos quedaron
Que abulta lo remoto de su existir talvez,
Las sombras de los siglos su nada nos velaron,
Su gloria por el prisma pasó de la niñez.

Oh libertad, en vano mi corazón te implora,
Me esfuerzo en procurarte mis ojos no te ven!
No, que ya miro leda resplandecer tu aurora
Sobre el pajizo techo del mísero Belén.

Jesús para el martirio desde él sale triunfante:
Sellando con su sangre la ley del Sinaí;
Al hombre la presenta diciéndole adelante,
No harás lo que no quieras que hicieran para tí.

Entonces se convierten los hombres en hermanos,
Unidos por el lazo de santa religión:
Entonces el destino descubre sus arcanos,
Y empieza á realizarse mi espléndida ilusión.

Mas vano fué tu brillo, la Europa estaba ciega
Y tu verdad suprema no pudo valorar...
Si el homenaje, impía, de adoración te niega,
Preciso es una Patria para nacer buscar.

II.

América desploma sus ríos como mares,
Las cumbres de sus montes se ocultan al mortal,
Sus bosques están llenos de místicos cantares,
Que acaso son los ecos del coro celestial.

América es sin duda la tierra prometida,
América la virgen del universo es...
¡Oh libertad, quién sabe si para darte vida
La mano de Dios mismo no la formó después!

Al fin te he descubierto, ya contemplarte puedo.
La imagen de mis horas ardientes de ilusión.
Te anuncias á los hombres del Sinaí remedo
Con la impotente pompa del fuego del cañón.

De Washington el brazo te clava en las orillas
Que abraza el Misisipí, que besa el Delawar;
Y entonces tan inmensa, con tanto fuego brillas,
Que fuiste en las pirámides tu luz á reflejar.

Colérico sus olas subleva el ancho Plata,
Y el grito que en sus aguas solemne resonó,
De sus floridas playas por la extensión dilata,
Y libres de sus playas naciones levantó!

En vano desplomaba soberbio sobre ellas
Sus bélicas falanges el déspota Español:
Quedaban de sus pasos para marcar las huellas
En el camino nuevo que les mostraba un Sol.

Los hielos de los Andes cayeron á pedazos,
Al reflejar en ellos su celestial pendón:
Naciones al empuje nacieron de sus brazos,
De la más bella gloria dignísimo padrón.

¡Ah! tú también estabas, valiente Patria mía,
Siguiendo ese camino sin nombre, sin pendón,
Tu sable, sin embargo, manchaba todavía
La sangre de los hijos intrépidos de Albión!

Los ecos del desierto tus pasos repitieron,
Tu brazo levantado mostrabas en Maypú,
Los Andes á tus plantas sus moles dividieron,
Y al pié del Chimborazo también estabas tú.

No importa si tu nombre no suena en la victoria,
Bastante en la pelea, bastante se escuchó:
No importa, que las páginas brillantes de tu gloria
Del Sarandí se extienden hasta el Ituzaingó.

III.

Silencio reina solo, tristísimo, profundo,
En la distancia hermosa del mar al Uruguay;
Al triunfo la agonía siguió del moribundo,
Al viva del combate de servidumbre el ay!

No bien el horizonte vaticinó la aurora,
Las nieblas amagaron de su claror el fin,
Y reventó talando los campos destructora
La guerra maldecida, la herencia de Caín.

Monarca advenedizo lanzóse poderoso
Clavando en todas partes su lábaro triunfal;
Yo vengo á dar, decía, felicidad, reposo,
Vuestra miseria cubra mi túnica imperial.

Y revolió su manto sobre la Patria mía
Que débil y cansada sintió su pesadez...
¡Imbécil, que pensaste que siempre dormiría!
Los pueblos son esclavos durante la niñez.

¡Imbécil, que en herencia con despreciante orgullo
Cual joya de familia legaste una Nación!
¡Imbécil! ¡No sentiste eléctrico el murmullo
Del libre que aprestaba la lanza y el bridón?

¡Pasad horas impías, abortos del destino!
¡Pasad! no vengais ora mi sien á oscurecer.
¡Dejadme el rayo bello que rompe diamantino
Las ominosas nieblas en el Oriente ver!

Dejadme ver del Plata la libertad brotando
Como la diosa antigua, bellísima del mar!
¡Dejadme ver los tronos atónitos rodando
Cuandó al poner en tierra su pié, la hizo temblar!

El Plata levantaba sus olas tempestuosas;
En débil navecilla la libertad se vé;
Las preces en silencio la siguen fervorosas,
Camina por las aguas; no se hundirá, que hay fe.

Con victores el pueblo la aclama en la rivera,
El brillo de los sables á su esplendente luz,
Relámpagos semejan que cruzan en la esfera
De tenebrosa noche, rompiendo su capuz.

Tiranos, detenéos, probad, probad la suerte,
No pretendais cobardes sin batallar huir!
La lucha de los pueblos es una lucha á muerte,
La tiranía impugne no quedará á vivir.

Mirad! es un puñado, como decís, de escoria,
Porque no traen dorados el casco y el corcel:
Las armas de los libres se tiñen con la gloria
En las sangrientas charcas de orillas de laurel.

*Del rol de las Naciones el Uruguay se borre:
De vuestro Rey el día celebraréis así;
¡Mirad qué hermoso campo, qué cristalino corre
Para el solaz del triunfo, por él, el Sarandí.*

El sol nació... marchaban legiones y legiones,
Con los ensueños ébrias de la victoria ya;
Se vieron, y al combate lanzaron sus bridones....
¡La hechura de tus manos protege Jehová!

Los libres entre nubes de polvo y de metralla
Peleaban á los gritos de Patria y Libertad;
La música más grande del día de batalla,
Sublime himno de triunfo para la humanidad.

El sol se hundió... sus rayos no hallaron un acero
Donde poder decirles el postrimer adiós,
De la imperial falanje no revolvió un guerrero
Para apartar la lanza que le ostigaba en pos.

Huyeron de su paso dejando por despojos
Recuerdos en lecciones á la posteridad:
No es, no, que sean cobardes... los enervados ojos
A sostener no alcanzan del Sol la claridad.

¡Oh patria! si al amago de nueva tiranía
Sintiese mi entusiasmo, mi fé disminuir,
Presenta de tus hechos á la memoria mía
Tan sólo ese gran paso que diste al porvenir!

Preséntame, ya enjuto de esclavitud el llanto
Tu faz serena y noble delante del poder;
Preséntate triunfante... levantaré mi canto,
Y volverá mi frente de patriotismo á arder!...

Huyeron, mas ya tocan el suelo del Imperio
Sus verdes estandartes refleja Ituzaingó:
¡Tened, tened que es fuerza cumplir el ministerio
Que al brazo de sus hijos la Patria encomendó.

Los reyes y los pueblos volvieron al combate,
La lucha fué espantosa, la sangre la empapó,
Los pueblos la recuerdan con el laud del vate;
Los reyes nunca osaron nombrar Ituzaingó.

Salud hermanos nuestros, guerreros Argentinos,
Que vuestro nombre disteis en el festín triunfal;
Mi patria lo dió al libro que encierra sus destinos;
La ingratitude no mancha su nombre celestial.

IV.

Doblados bajo el yugo, los ojos en el suelo
Durante la ignominia tuvimos que fijar,
Erguimos ya la frente y altivos en el cielo
Podemos enclavarlos y en su color gozar.

Podemos á los aires confiar nuestro lamento
Cuando el vivir oprima la mano del dolor;
Podemos con los gritos poblarlos del contento
Sin atentar al muelle descanso de un Señor.

Dormir en nuestro lecho, sin que planta profana
Las penas ó placeres sorprenda del hogar;
Dormir, sin el asiduo temor de que mañana
Vendrán de nuestros labios el pan á arrebatar.

Vivir en la ventura, tener una esperanza,
Poder libar un ósculo en la querida faz.
Pasaron, sí, pasaron las horas de venganza,
La sangre derramada santificó la paz.

Hermanos encontramos do vimos enemigos,
Hermanos que invocaron la libertad también,
No fueron impasibles de nuestro bien testigos,
Que hicieron la corona rodar desde una sien....

Mas ¡ay! el horizonte de nuevo se oscurece,
La tempestad sordisona retumba en el confín;
Abrasador el viento laureles aridece,
¿Dónde encontrarlos luego de la contienda al fin?

No sonarán, no, cantos despues de la pelea,
Para el vencido lágrimas, al vencedor ciprés;
¡Oh libertad! ante ellos tú pabellón ondea;
Si todos le contemplan unidos los verá!

Le mirarán sin duda, del cielo los colores
El luto deponiendo, por siempre han de vestir,
Y entonces los vestigios que dejen los dolores
La senda habrán marcado del grande porvenir.

Yo sé que vendrá un día para la Patria mía
De paz y de ventura, de gloria y de hermandad;
Lo espero, sí, lo espero, yo sé que vendrá día
Que alumbre todo el mundo de eterna claridad!

Entonces ¡ay! de aquellos que se apellidan reyes!
Coronas y cabezas en trozos saltarán.
Entonces ¡ay! de aquellos que toquen á las leyes,
Escrítas en sus cráneos los pueblos las verán!

Te espero, sí, te espero: recién eres la estrella
Do fija la mirada del universo está:
Mañana cuando alumbres omnipotente y bella
Sus alas destructoras el tiempo plegará.

FOR EVER.

Oh! l'amour de cette femme, avec toutes les énergies de la force et de la santé, dans tout l'orgueil de la jeunesse et de la vie... quel rêve! et quel vertige!
GOETHE.

La pasión que tú sola me inspiras,
No es como otra fugaz llamarada,
Flor de un día que cae deshojada
De su tallo al más leve vaivén:

Es amor, y de un alma que sabe
Hacer frente al furor de la suerte,
Desafiar al dolor y la muerte,
Provocar al martirio en su fe.

No me culpes, si al labio la copa
Del placer he llevado sediento;
Solo, y triste, y atado á un tormento,
Me aturdía en su loca ebriedad;

Fugitivas dulzuras, pasando
Han dejado tras sí más hastío,
Más sin fe el corazón, más vacío,
Más deseo de amor, más afán.

Sobre flores revuelca su herida
En sus ansias el león del desierto:
Vé la herida que el mundo me ha abierto,
No las flores en que halla solaz.

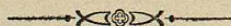
Tal vez, ¡ay! ponzoñosas la encantan,
Tal vez hacen mortal esa herida,
Ven, arráncalas tú de mi vida,
Con mi sangre bañadas están.

Yo se bien que el amor, para el hombre
En que así la desgracia se ceba,
Es un nuevo martirio, una prueba
Más cruel que las otras aún.

Pero á veces también en la tierra
El Edén prometido se alcanza,
Y jamás apagó la esperanza,
En la noche del alma, su luz.

Recompensa — castigo — ¿qué eres?
Para espiar otra vez el pasado,
O premiar un tormento acabado,
Puso Dios en mi pecho este amor?

¿Qué me guarda en el tiempo? ¿qué encargo
Mi destino confió á tu hermosura?
¿Renovar la agotada tortura?
¿Redimirme de tanto dolor?



BERNARDO P. BERRO ⁽¹⁾

EPÍSTOLA Á DORICIO.

I. PAISAGE.

¡Cuánto vario placer, cuánto recreo
Te espera en este sitio deleitable,
Do es alhagüeño todo lo que veo!

Oye su descripción, aunque no es dable
Hacerla cual merece, porque entiendas
Si el habitar en él es deseable.

Vense á un lado montañas estupendas
De hacinados peñascos, do ferinas
Bestias moran en hórridas viviendas:

Y al otro, unas bellísimas colinas,
Revestidas de flores y verdura
Se extienden por las tierras más vecinas.

Por entre estas y aquellas su agua pura
En sesgo curso Casupá derrama,
Llenando sus riberas de frescura;

Que ya la alfombra de tejida grama,
Ya el bosque ostentan, cuyo toldo espeso
Jamás penetra la febea llama.

No aquí del arte el monótono exceso
Sus simétricas calles manifiesta,
De natura estragando el embeleso.

De diferentes árboles compuesta,
Los varios grupos desigual levanta
En hermoso desorden la floresta.

El grueso lauro de soberbia planta,
El duro *Molle*, el *Canelón* frondoso,
La excelsa Palma que la vista encanta,

(1) La poesía fué lo accidental en la vida de Don BERNARDO PRUDENCIO BERRO, al extremo que muchos ignoran que el ilustre Presidente del año 1860, dedicara los ocios que le dejaba su agitada vida al cultivo de las letras. Sin embargo, su *Epístola á Doricio*, por el sabor clásico, es una de las piezas de la poesía nacional, que posee más carácter. Nació en Montevideo á fines del siglo XVIII ó principios del pasado. Dos veces ministro, senador y Presidente de la República, la entrada del general Flores en Montevideo, lo alejó del escenario político hasta 1868 en que aparece al frente de una revolución que es dominada al mismo día de estallar. Tomado prisionero en las calles de la ciudad, jamás se supo de su destino, por más que se supone que ese mismo día 19 de Febrero, fué fusilado. La personalidad de don Bernardo Berro, respetada por amigos y adversarios, tiene rasgos que pueden presentarse como ejemplo de abnegación y de civismo.